

*¿Por los candidatos o por los partidos?*

# Por Quien Se Vota?

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Cuando en su último informe, el 10. de septiembre de 1928, el presidente Calles anunció la fundación del Partido de la Revolución, dijo que había llegado para México la hora de ser gobernado por instituciones, y no por hombres. Veinte años antes, en la entrevista que el presidente Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman, había aventurado un juicio semejante, al decir que nuestro país ya estaba apto para la democracia, lo que equivalía a decir, en boca de quien lo decía, que había pasado la hora del gobierno personal.

En nuestro lento transcurrir por la historia, a pesar de esos antecedentes, y a la luz de los resultados electorales del 4 de julio, tendríamos que preguntarnos si, en esta ho-

ra, los mexicanos están más resueltos que antes a que sean las instituciones (en este caso los partidos) quienes asuman la tarea de gobernar, o si continúan, como ha sido tradición entre nosotros, prefiriendo confiar en un hombre, que tal vez encarne los principios a los que se afilian, pero en el que, en todo caso, de modo inmediato puedan confiar y, eventualmente, demandarle cuentas.

No se debe confiar demasiado en las cifras electorales, en ninguna parte, y en ello México no es la excepción. No hablamos, necesariamente, de que el fraude las haga indignas de crédito. Decimos simplemente que una elección, a efectos de medir el estado de ánimo, la salud de una república, es lo que una radiografía o un electrocardiograma son en la investigación para el diagnóstico clínico. Se trata de instrumentos que dan fe del estado, de la situación que tratan de medir, en un momento determinado, situación que por lo tanto puede cambiar en el siguiente momento determinado, sin que ya quede registro de ella. De allí que los cardiólogos elijan crecientemente el sistema de electrocardiogramas que se aplica durante 24 horas seguidas, de suerte que no haya una foto fija, sino una película que muestre las condiciones del sujeto a investigación en ese período. Lo mismo tendría que decirse, por consiguiente, de las elecciones. Para que en efecto indiquen lo que una nación quiere en el plazo más largo en que se miden las reacciones populares, tiene que verse en perspectiva el comportamiento de la suma de los ciudadanos. Ello no obstante, concediéndole el valor que realmente tiene, como uno de los indicadores y no el exclusivo índice de lo que pase en una sociedad, podemos interrogar a las cifras, sobre si se ha votado por los candidatos o por los partidos.

Los datos aportan materias para responder en que sigue escogiéndose a personas. En efecto, es posible asegurar que una mayoría de los votantes ha escogido más a candidatos que a partidos. Eso es especialmente cierto en el caso del PRI. Suele ocurrir, y no hubo excepción esta vez, que el candidato presidencial del PRI obtenga una votación más alta que los aspirantes, postulados por su propio partido, a senadurías y diputaciones. El fenómeno se ha repetido esta vez. Casi dos millones de personas más votaron por don Miguel de la Madrid que por las fórmulas del PRI a los cargos legislativos.

Ello es así por una variedad de razones. En primer lugar, porque la institución presidencial es la más pesada, la más notable en nuestro sistema político. Ese mismo hecho explica la mayor afluencia de ciudadanos a las urnas en las elecciones sexenales que en las de medio período. De manera cierta, o vagamente intuída, los votantes saben que el parlamento entre nosotros está apenas en camino, en el mejor de los casos, de retomar sus funciones de gobierno, de corresponsabilidad. Por eso se fijan más en quién será el presidente y menos en quienes los representarán en las cámaras. Eso es cierto, al menos, en el electorado priista.

Tiene que ver también, en la generación de este fenómeno y como causa derivada de la anterior, la mayor preponderancia que tiene la campaña del candidato presidencial. Es, para empezar, mucho más extendida en el tiempo que la de los aspirantes al Senado y la Cámara. De la Madrid estuvo en campaña desde octubre del año pasado, mientras que los otros candidatos de su partido bien a bien la iniciaron en abril de 1982. Los reflectores, es decir la atención de los medios de difusión se concentra especialmente en la campaña presidencial y mucho menos en las particulares en cada uno de los 300 distritos y de las 32 entidades. Esa fuerza atractiva de la propaganda tiene, por fuerza, que reflejarse en la votación.

Y tiene que ver también, como es natural, la condición personal del candidato. Eso es especialmente visible en los dos protagonistas de la contienda electoral concluida hace unas semanas que más merecen esa calificación, es decir, quienes personalmente representaron papeles de primeros actores (o actriz habría que decir en uno de los casos). Se trata, como es obvio, de De la Madrid y de la señora Ibarra de Piedra. Ambos obtuvieron más votos que sus partidos, si se comparan las votaciones para diputados plurinominales (haciendo la salvedad, en el caso del PRI, de que muchos de los sufragios en su favor en este rubro se canalizan hacia otros partidos para que no sean votos perdidos, visto que no tiene necesidad de reparto alguno en la representación proporcional):

De la Madrid era poco conocido en el país antes de ser candidato. Si bien el aparato administrativo y político se puso de inmediato a su servicio, y ello cuenta de manera primordial, también lo es que sin su aportación personal el tono general de la campaña hubiera sido el incierto y de alguna manera gris que se advirtió al comienzo de ella. Sometido al contacto con el pueblo, por más artificioso y parcial que hubiera sido, el candidato priista experimentó una transformación advertida por todos, hasta por sus adversarios políticos. No sólo sus expresiones retóricas fueron adquiriendo una mayor hondura, un compromiso más neto con las necesidades populares, sino que su condición personal misma, su *approach* a las personas y a los problemas sufrió evidentes e interesantes mutaciones. De allí que recabara la confianza de muchos electores, empeñados, quizá mágicamente en encontrar alguien que en su imagen de las cosas, sí sepa cómo conducir los asuntos del Estado, tan azarosamente manejados hoy.

Un caso diverso de fuerza personal es el protagonizado por la señora Ibarra de Piedra. En su oportunidad, expresé mis dudas sobre si el Partido Revolucionario de los Trabajadores lograría implantarse como una corriente política representativa. No eran dudas totalmente fuera de la realidad como lo enseña el hecho de que no alcanzara la posibilidad de ejercer su presencia parlamentaria. Pero me equivoqué al no prever la influencia grande que la personalidad de doña Rosario tendría en el electorado, como se probó. Y es que su bandera resulta de especial importancia para la democracia, pues se propone abolir la represión política, pero también el modo especialmente cálido en que la enarbola, la calidad de su testimonio personal, confirieron a la causa un valor expresado ahora en las urnas.

También podría incluirse en el caso de los votos por el candidato, más que al partido, el de don Manuel Moreno Sánchez. A pesar de que en la votación presidencial el Partido Social Demócrata obtuvo menos sufragios que en la de diputados plurinominales, es válido conjeturar que la condición personal de don Manuel fue el motor que arrastró a los votantes en favor de un partido. De lo contrario, no se comprende que una agrupación ideológicamente tan desviada, y organizativamente tan en pañales, pudiera haber convocado a más de medio centenar de miles de votantes en su favor.

En cambio, el PAN ganó más votos en la elección de diputados de representación proporcional que en la presidencial. Acaso ello se debe a la condición personal del candidato, acaso a la naturaleza de la campaña, tal vez a la causa del voto panista en general, que sigue siendo, según es conjeturable un voto de oposición al gobierno. Pero es probable también que se trate del *asomo* de una votación más ideológica, más partidaria. No es que el programa del PAN sea conocido y atractivo. Es que el conjunto de sus proposiciones coincide con los valores que la difusión comercial, especialmente la electrónica, ha introducido en las capas medias y bajas que votaron por el PAN.